

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, enero de 1958

Núm. 1067

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL CAMELLITO BLANCO QUE VIO A JESUS

Los camellos de los Magos reposaban en el patio del palacio de Herodes. Estaban arrodillados uno al lado del otro, con las patas delanteras plegadas debajo de sí, y las traseras estiradas de forma tan elegante como solamente los camellos saben hacerlo. Sus sillas eran de cuero teñido, con tachones de cobre; sus bridas de seda trenzada, con campanillas de oro en las cabezadas.

Dos de los animales dormitaban, rumiando en su semi somnolencia; el tercero, *Mreena*, observaba a su hijito, que exploraba las maravillas del patio o bien permanecía un momento parado para que los guardias de palacio le dieran unas cuantas palmadas.

El hijo de *Mreena* era blanco. De un blanco purísimo. Su pelo era rizado como la lana de un cordero. Tenía sólo seis meses; y como las hembras amamantan a sus crías durante todo un año, se le había permitido acompañar a *Mreena* en este importantísimo viaje desde la tierra de los Magos a Jerusalén.

Los oficiales, mensajeros y escribanos que cruzaban por el patio, se interesaban por el camellito. Daban unos instantes para preguntar a los centinelas: ¿De quién es y de qué país ha venido?

Los centinelas contestaban en un susurro. El camellito era el hijo de una de las tres bestias que estaban arrodilladas en el patio. Los dueños de los camellos estaban encerrados con Herodes. Eran desconocidos, de aspecto juicioso, tez curtida y rostro afilado; su lenguaje era extranjero y venían de Oriente. Habían traído noticias a Herodes. Nadie podía decir de qué se trataba, pero eran noticias.

Transcurrieron las calurosas horas. Las murmuraciones volaron de labio en labio. Escribanos de blanco rostro hablaban susurrantes con el capitán de la guardia. Los tres extranjeros eran hombres de una gran sabiduría. Conocían el lenguaje de las estrellas, y el futuro era un libro abierto para ellos. Habían visto algo en el cielo. Herodes les estaba interrogando.

Las murmuraciones iban en aumento. Los tres, de acuerdo con el sofocado cuchicheo de un apresurado sacerdote, habían visto una estrella. Una estrella a la que habían seguido y siempre les precedía.

—Pero hay muchísimas estrellas—había replicado el capitán de la guardia.

—Sí, pero esta estrella es diferente—contestó el sacerdote—, Profetiza un natalicio. El nacimiento de un rey. Herodes está preocupado. Su rostro aparece pálido. Astutamente interroga a los tres. Ellos han mostrado deseos de aprender las palabras de los profetas, y él les ha pedido a cambio un favor. Si encuentran el lugar donde ha nacido el rey, regresarán cabalgando a decírselo. Muy astuto es el rey Herodes.

Estaba muy avanzada la tarde cuando los sabios de Oriente salieron de la cámara del consejo. Lentamente avanzaron por entre las filas de los vigilantes guardias. Hombres rodeados de misterio. Barbudos, con oscuros ojos que miraban fijamente el horizonte.

Silenciosamente, montaron en sus camellos. El que cabalgaba a *Mreena* dirigió a su montura hacia la puerta de entrada y *Mreena* emitió un extraño sonido para advertir a su hijo que partían. En aquel instante, un aguador estaba ocupado atando una flor roja en la oreja del joven camello; pero cuando la flor quedó atada, el camellito corrió detrás de su madre, provocando las carcajadas de los guardias con su torpe trote.

Los magos cabalaron en silencio. Estaban meditando su conversación con Herodes. Habían informado al Rey que habían visto una estrella que hablaba de un gran acontecimiento. Habían decidido seguirla.

—Parecía alarmado—dijo el que cabalgaba a *Mreena*, cuando los tres hubieron pasado Bâh el Khalil, la puerta de Jafa.

—Su rostro estaba pálido—dijo el que cabalgaba a su izquierda.

—Sus manos temblaban y tenía los labios secos—dijo el tercero.

La noche cayó sobre ellos cuando penetraban en el Valle de Hinnom. La suave y púrpura noche de la Tierra de Judea. Y con la noche apareció la estrella. La estrella que hablaba del nacimiento de un Rey.

Los ojos de los tres quedaron prendidos de la estrella. La siguieron con resolución. El suave pisar de los camellos se apresuraba por la penumbrosa carretera que corría hacia el sur por entre campos en los que se erguían los oscuros bosquecillos de olivos y las apretujadas hileras de vides....

El blanco hijito de *Mreena* jugueteaba alegremente, yendo de un lado a otro de la carretera. De vez en cuando se sobresaltaba por la aparición de algún labrador que regresaba a su hogar, y sus largas patas le llevaban con presteza al lado de su madre, para explicarle las causas de sus temores.

Mreena solía instruirle y tranquilizarle, asegurándole que no había motivos para tener miedo. Y él le preguntaba, como lo hacen los niños, por qué razón no estaban en sus pesebres, puesto que la noche había cerrado. *Mreena* le respondía que no podía explicárselo, y le advertía que no se separase de su lado. Era un camello joven y bonito, y no sería nada de extrañar que hubiese ladrones a lo largo de la carretera. Aquel país era nuevo para ella. Si correteaba delante de ella, podría verle a pesar de la oscuridad de la noche.

El camellito blanco obedeció, retozando frente a los jinetes. Todavía conservaba la flor atada en su oreja, y su madre emitía de vez en cuando sonidos de satisfacción.

Centelleante estrella. Los ojos de los tres Magos jamás se apartaban de ella. Pero su pensamiento estaba con Herodes. Recordaban su pálido rostro y el temblor de sus labios cuando les rogaba que le informaran de lo que descubriesen. Le hablaron del incienso, mirra y oro fino que llevaban como regalos para el niño recién nacido, y él les había contestado apresuradamente que también deseaba llevar regalos y adorar al infante cuando hubieran localizado el lugar del nacimiento.

—Su faz es ladina—dijo el que cabalgaba *Mreena* cuando los camellos les mecían a través de la antiplanicie de El-Bukeia.

Es como la faz de un cocodrilo—dijo el que tenía a su izquierda.

—Tiene ojos verdes que resplandecen—dijo el tercero—. Tiene ¡Mirad! ¡La estrella se ha detenido!

Conmovidos y atónitos, tiraron de las bridas de sus camellos. La brillante estrella se había parado. ¡Estaba fija en el cielo!

Pronunciaron en voz bajísima extrañas palabras que formaban parte de su ritual. Palabras de las liturgias de Ormuz, que solamente los expertos de la sacerdotal casta de los Magos podían proferir.

De nuevo reemprendieron la marcha. Sueltas las riendas, apremiaban a los camellos de blando andar. Delante suyo, igual que brillantes clavos de plata en la negra pared de la noche, estaba la ciudad de Belén.

Suavemente, los tres susurraron las palabras del profeta que habían oído aquella

mañana de los sacerdotes principales y escribanos reunidos por Herodes. Conmovedoras palabras: «Y tú, Belén, en la Tierra de Judea, no serás la menor entre tus hermanas; pues de ti saldrá el que ha de regir mi pueblo de Israel».

La estrella se ha inmovilizado. Suspendida muy baja, su brillo suave cae sobre una morada. Los tres jinetes casi no alientan, emocionados.

Ya están más cerca, más cerca aún. Las fuentes y bronceas manos de los tres ciñen los regalos que llevan. El finísimo oro, la fragante mirra, el inapreciable incienso. Eran sabios y traían regalos. Acercábanse al lugar del nacimiento de un Rey.

La luz era mística. Caí sobre la humilde casa como un chorro de plata líquida. Los magos tiraron fuertemente de las bridas y los camellos se detuvieron. Los animales plegaron sus patas delanteras, de suerte que los jinetes tuvieron que recostarse de espaldas en sus sillas; luego doblaron lentamente las patas traseras. Los impacientes jinetes saltaron de sus sillas al suelo.

La plateada luz salía de la puerta abierta de la casa. Los envolvió. Pasado el umbral, cayeron con los rostros en el suelo y adoraron. Temerosamente acercáronse un poco más. Más cerca de la suave aureola que rodeaba a un niño.

Levantaron sus cabezas y lo miraron. Y su sabiduría los abandonó. Y su astucia y sus conocimientos fueron igual que nada. Pues el Hijo de Dios les sonrió y fueron como niños sin maleficios ni hechicerías.

Apresuradamente desplegaron los ricos mantones de seda en los que llevaban sus regalos. Modestamente los ofrecieron a la Madre. El finísimo oro, la fragante mirra, el inapreciable incienso. Maravillados, habían perdido el habla. Trataron de expresarse, pero sus lenguas parecían trabadas.

Cuando reverencialmente se inclinaban junto a la puerta, alzaron la cabeza para echar una última ojeada al bebé. Un grito de horror se elevó de sus gargantas simultáneo. El camellito blanco agujoneado por la curiosidad, había penetrado en la estancia, y los sorprendidos Magos vieron al animalito junto a la cuna del Niño Jesús. Tenía extendido su largo cuello de camello, como si quisiera descubrir por qué el radiante halo envolvía la cabeza del recién nacido.

El Mago, dueño de *Mreena*, la madre del camellito, corrió para apartar al animal del pesebre, pero la madre del Niño levantó la mano y le rogó que se detuviera. Extraña en verdad era la imagen del Niño y el blanco camellito. La cabeza del camello, estirada hacia adelante, en posición forzada, mostraba su intenso asombro a la vista del Niño, mientras el pequeño, con sus ojos fijos en el animal, mostraba un interés parecido por su visitante. La Madre y los Magos observaban en silencio a los dos. El camellito blanco sacudió la cabeza y la roja flor atada a su oreja por el aguador en el patio del palacio de Herodes cayó suavemente sobre las sábanas del Niño.

Un murmullo se elevó de las gargantas de los Magos.

—También él ha traído su regalo. ¡Mirad! ¡El Niño ve reflejada su imagen en los ojos del camello!

Seguían la escena casi sin aliento. El ojo de un camello es grande y lustroso, y la

pupila se confunde con el globo del ojo. A la luz de la vela los ojos del camellito blanco eran dorados, y se hubiera dicho que las palabras de los Magos eran ciertas. El niño sentíase atraído por los luminosos ojos del animal.

Suavemente el dueño de *Mreena* apartó al joven camello del pesebre. El camellito no quería obedecer. Eludió al Mago y corrió de nuevo a contemplar al Infante. Los Magos sentíanse incomodados. Entre los tres consiguieron hacer salir al camellito a la oscuridad de la noche.

Conmovidos por el éxito de su misión, regresaron hacia sus pacientes camellos. Estaban emocionados por la visión del Niño y en cierto modo engraidos por su habilidad en leer el futuro. Habían seguido a la estrella, habían encontrado al Niño, le habían adorado y ofrecido regalos. Ahora lo único que tenían que hacer, antes de regresar a su propio país, era cumplir la promesa que habían hecho a Herodes. Habían convenido decirse si encontraban al Niño.

Mreena protestó cuando su jinete le hizo volver la cabeza hacia Jerusalén. Con muchos balidos informó a su dueño que el camellito blanco había entrado de nuevo en el establo. Negábase a moverse mientras no lo tuviera a su lado.

El jinete estaba muy enojado. Dijo muchas cosas acerca de la estupidez de los camellos mientras iba a buscar al hijo de *Mreena*. Estaba ahora un poco enfadado con el camellito. Bruscamente lo empujó al lado de su madre. Quedaba mucho por hacer. Había que informar a Herodes, y ellos mismos tenían que regresar apresuradamente a su propio país para proclamar la nueva y hablar de su perspicacia al seguir la estrella.

Por dos veces en la primera milla de la carretera que conducía a Jerusalén, el camellito blanco se detuvo y volvió la cabeza en dirección a Belén. Su actitud mostraba claramente que estaba poseído del incontenible deseo de correr a echar una nueva ojeada al radiante Niño del pesebre. Era tan sólo la vigilancia de los Magos lo que le impedía hacerlo. Hablaban entre ellos de sus extrañas cabriolas.

—Está hechizado—decía uno.

—Es la alegría del Niño. Al verle reflejado en sus ojos, lo recuerda—decía otro.

—El jovencito tiene penetración—dijo el tercero—. El camellito blanco sabe que el Niño es un Rey.

En una bifurcación de la carretera, el proceder del camellito blanco turbó a los tres. Una carretera se dirigía al este, una carretera que conducía al país de los Magos; pero éstos, afligidos, veíanse forzados a ir a Jerusalén. Habíanselo prometido al astuto Herodes.

Pero no sucedía lo mismo con el camellito blanco. Detúvose en la intersección de las dos carreteras. *Mreena* le llamó, balando, implorando que la siguiera a Jerusalén. Pero el camellito blanco tenía otros propósitos. Avanzó decidido por la carretera que conducía al este, y ni los balidos de su madre ni los esfuerzos de los tres Magos pudieron hacerlo retroceder.

Inútilmente le persiguieron. Se les escapaba sin grandes esfuerzos. Cerró los oídos a las súplicas de su madre. En ver-

dad que era un camello muy obstinado y desobediente.

Los Magos se consultaron unos a otros. Uno de ellos había recibido en sueños una advertencia. Se le había dicho que regresara a su país después de haber encontrado al Niño, y que efectuara el regreso por una ruta que no pasara cerca de Jerusalén. ¿Confirmaba este sueño el comportamiento del camellito? Quizá.

El dueño de *Mreena* se acercó al camellito blanco y le habló con suavidad. ¿Por qué era desobediente? ¿Por qué se obstinaba en no seguir a su madre, que era tan bondadosa para él?

Con sus piernas tías, en medio de la carretera que conducía al este, el camello blanco dejó que el dueño de su madre se le acercara. El camellito no tenía el don de la palabra y por ello no podía contestar a la pregunta, pero había escogido la ruta y no pensaba apartarse de ella ni un palmo.

El Mago, hablando todavía suavemente de desobediencia, cogió al camellito por la quijada, con su mano derecha, y miró a sus ojos. Durante un minuto entero los miró fijamente, y en las enjutas y curtidas facciones apareció la sorpresa, el pasmo, la inmensa estupefacción.

Enmudecido por el asombro, avanzó hacia sus compañeros. Alarmados éstos corrieron a su lado y fijaron también su mirada en los luminosos ojos del joven camello.

Durante largos minutos permanecieron inmóviles. Ni un sonido se escapó de ellos. Sentíanse transportados por el milagro. Por el formidable milagro.

Fué el dueño de *Mreena* quien se recobró más pronto. Sacudió rudamente a sus compañeros. Tenían que marcharse. ¡Rápidamente! ¡Jerusalén estaba cerca y Herodes podía aparecer de un momento a otro para interrogarles! Para interrogarles acerca de lo que habían descubierto.

Apresuradamente montaron en sus cabalgaduras. El camellito blanco avanzó por la carretera que conducía al este y los otros le siguieron. Los tres magos estaban pensando en la imagen que habían visto en los ojos del animal. La milagrosa imagen. ¡En ellos, y bien claramente, habían visto la imagen del Niño Jesús en su pesebre!

Y a través de las edades ha llegado hasta nosotros esta historia. Hoy en día un árabe os asegurará solemnemente que si miráis de cerca los ojos de un camello blanco, veréis la imagen de un Niño sonriendo en su cuna.

James Francis DWYER

Religión y Patria

Periódico de
propaganda católica

Romance de Navidad y Reyes dedicado a los niños

(Estampa bíblica)

I

EN el Portal de Belén hay una cuna de paja, en ella reposa un Niño que es de Dios divina gracia; cual un haz de trigo, es rubia su melena ensortijada; su cuerpo sonrosadito; su rostro de leche y nácar; la color de la azucena y como la nieve blanca es su frente alabastrina, cual flor aterciopelada; su chiquirritina boca está pidiendo besarla, y sus coralinos labios son dos cerezas tempranas, que al entreabrirse sonríen con promesas de esperanza; sus ojos de azul celeste cautivan con su mirada, y hasta el corazón penetran y se adentran hasta el alma.

Así su Madre bendita, la Virgen Inmaculada, en éxtasis amoroso por la Fé transfigurada, contempla al recién Nacido que salió de sus entrañas. Allí el Patriarca José con su florecida vara, en aquel Portal, de hinojos, ante la cuna de paja adora al Hijo de Dios que con su risa le embauca. ¡Y los Tres forman el cuadro de la Familia Sagrada.

Una mulica y un buey en el establo descansan, dando calor con su aliento al Infantito que guardan, pues afuera cae la nieve, y hay ventisca, y hay Xaraza. Van llegando pastorcicos con sus ovejas y cabras, y ofrendan al Rey del Cielo rica miel, manteca y viandas; y los pastores se agrupan contentos como unas pascuas, ante el divino Querube que les sonríe con gracia, tendiéndoles sus bracitos en señal de venturanza. Y tocan suaves rabeles, y villancicos le cantan: «¡Gloria a Dios en las alturas! ...» ¡Paz en la tierra a las almas! ...»

Después de adorar al Niño, retornan a sus montañas.

II

Una estrella refulgente, bruñida como la plata, cruza el espacio infinito muy lentamente en su marcha, y en pos de sí va dejando luminosa estela blanca. Ella es el norte y el guía de una regia caravana que partiendo del Oriente por intuición inspirada, se acerca a Jerusalén donde la profecía santa dice nacerá el Mesías en una humilde cabaña. Formanla tres Reyes Magos, que en dromedarios cabalgan, y un séquito numeroso de criados va a la zaga, quienes conducen camellos con juguetes de la Arabia para regalar a un Niño que en Belén *espatuxaba*.

Junto al palacio de Herodes la estrella quedó eclipsada; quiso ocultarse a la vista del sanguinario Tetrarca, Y apareció fulgurante sobre el tejado de palma de una choza de Belén que en las afueras se hallaba.

Aquí los tres Magos llegan, entran por la portalada a pié, uno en pos del otro, de tan misera covacha. Ven una Madre amorosa, un venerable Patriarca, y un recién Nacido Infante en el suelo, sobre pajas. Saben que es el Elegido para redimir las almas; tal pobreza les confunde, les admira humildad tanta, porque es Dios, es Rey y es Hombre cual los Profetas declaran. Ríndenle real homenaje, y postrados a sus Plantas le entregan ricos presentes que le traen de la Arabia.

El Niño JESUS sonríe, y con su dulce mirada, con la expresión de sus ojos que es un poema de gracias, su pensamiento transmite a los egregios Monarcas quienes fielmente interpretan como si fueran palabras: JESUS quiere corazones, viene a conquistar las almas; no otra cosa; los juguetes que trae la caravana, son para los niños buenos del todo el mundo...

Y es fama que el seis de Enero, de entonces, a la noche se encaraman los Reyes, todos los años por balcones y ventanas dejando ropas, juguetes, dulces, carbón... Y se marchan.

Aquesta es la *estampa bíblica* de las navideñas Pascuas. En ella vean los niños una divina enseñanza.

Moisés García Fernández

Ofrenda Navideña

Niño de María y José
mi Niño amado,
vengo a darte mi presente
como los Magos.

Te traigo, como Rey, oro
de amor, Señor,
hermano del que te trajo
el Rey Melchor.

Incienso de adoraciones
te quiero dar,
como a Dios, cual te ha traído
el Rey Gaspar.

Y mirra de sinsabores
te he de entregar,
porque soy hombre, lo mismo
que Baltasar.

Lo mismo que los tres Reyes
traigo yo solo:

¡Malo ha de ser mi presente,
Niño precioso!

¡Pero yo sé que tu miras
las intenciones,
e intenciones similares
tienen mis dones!

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

... Y la familia de Nazaret, sencillamente sin hacer nada extraordinario en su inmensa pobreza, sin otras actividades que las de ganar el pan de cada día, vive su vida sin aparente transcendencia. En su diario vivir parece que nada influye en quienes les rodean, sin embargo, su misión apostólica es eficaz. Sus palabras, sus consejos, su sencillez, su resignación en la pobreza, su mansedumbre, su caridad para el prójimo, sus demostraciones de afecto para todos, su ejemplo constante, lo que hace que sus vecinos les veneren, les admiren, les entreguen sus corazones llenos de amor cristiano.

Nada de particular en sus vidas, nada de extraordinario, el monótono vivir de una familia pobre, sencilla, pero llena de amor de Dios, y sin embargo...

Estoy enfermo, lejos he de soportar la marcha normal de los partidos de Liga de Campeonato Nacional de Fútbol. Mis hijos dicen que han metido un gol. Yo me *alegro* mucho. Como veréis es una tarde de domingo. En mis molestias e incomodidades, forzosamente he de buscar unos momentos para comentar los Evangelios de la época. Todo ello no es importante en cuanto al trabajo, pero son unos momentos, tan solo que dedico con amor a mi labor de apostolado. Pocos, muy pocos tal vez, pero es algo.

¡Labor de apostolado! Todos podemos hacer algo aunque nuestra vida sea insignificante, intranscendente, sin influencias sociales. Si eres pobre, la familia de Nazaret ya te dice lo que debes hacer: caridad, afecto para con el prójimo, palabras de cariño, consejos y sobre todo el ejemplo. Si eres influyente en la sociedad, podrás hacer mucho más. ¡Tú sabes que sí. Si Dios te dió alguna capacidad intelectual o de trabajo, puedes laborar muy eficazmente en beneficio del prójimo. No te niegues a la llamada de Dios, hay muchos puestos libres y mucha labor que hacer. Si eres rico, tu dinero mucho o poco puede ser muy eficaz. Con dinero se pueden hacer grandes obras, y si Dios te lo dió que no sea en tu perjuicio, si no en tu provecho.

Todos pueden hacer labor apostólica.

Algún día de la semana, alguna aportación económica, todo es muy eficaz y nadie puede decir que nó a la llamada de Dios. El sabe que sí.

¡Qué triste será llegar al final de nuestra vida habiéndonos preocupado tan solo de problemas relacionados con el estómago y los placeres.

Cristiano, no te niegues a la llamada de Dios. Pudiera ser una única ocasión.

R.

Comentando

Los Santos Reyes

Los que sintiéndose mayorcitos creen que están autorizados sobradamente para negar la «creencia en los Reyes Magos», según el significado que a esta se dá en el ambiente popular y familiar, están equivocados de medio a medio. No voy a pretender yo, ahora, sentar bandera de defensa, asegurando que los tres Reyes del Oriente se dignen bajar a nuestras es-

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros' núm. 13 GIJON Teléfono 3382

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

cuálidas moradas todos los años en esta época para, personalmente, depositar juguetes y regalos en nuestras zapatillas. No; nada de esto pretendo, pero sí quiero hacer constar que la participación directa de los tres Reyes Magos en la esplendidez de estos días, es verdadera y eficaz.

Todos guardamos en los últimos rincones de nuestras almas, aquellos rincones que por estar más escondidos se conservan más libres de mundanerías, cuando no de inmundicias, una piedad infantil y pura, llena de emociones retrospectivas y de ternuras, que se resiste a desahacerse de la idea de la desaparición de los Magos. Todos conservamos, si no la fé en ellos, sí el recuerdo de ellos y el deseo de que la leyenda infantil fuese poética realidad, en esta edad en que todo se niega y se duda, pero en que la inteligencia es capaz de adaptarse a creencias poéticas que endulcen la mirra de nuestra existencia. Pues bien: esa misma ansiedad de que fuese cierto el idílico panorama de los Magos, nos hace sentir una piedad, en muchos casos oculta, pero no por esto falsa, hacia los personajes evangélicos de que nos ocupamos, y esta piedad la recogen los Magos en el cielo, y en conmemoración de su acción pretérita en la Cueva de Belén, se vuelca hacia nosotros en dolores, si no materiales, sí celestiales y espirituales, que mueve a los corazones humanos a la esplendidez y a la caridad humana y al amor.

Y la intercesión de los Santos Reyes, se desperdiga por todo el mundo, ablandando los corazones y los bolsillos, y moviendo a los más perezosos al sacrificio pecuniario en favor de sus amigos y deudos. Y los papás y las mamás y los hermanos y los novios. y los tíos y los sobrinos, y los amigos, sienten el impulso de los Magos, que toca en sus corazones, y los regalos brotan en esta fiesta conmemorativa, por la intercesión de los tres Reyes

que supieron ser dadivosos con el Divino Niño, y que quieren que, en su nombre, una vez al año, seamos también nosotros espléndidos con nuestros semejantes.

Esta es la participación de los tres Magos en estas fiestas. No vienen personalmente a darnos sus regalos, pero sí interceden ante Dios para que este consiga que todos seamos espléndidos en la conmemoración de estas fiestas, y en su nombre nos obsequiemos unos a otros, con amor y caridad, en conmemoración de aquella regia jornada evangélica.

No os riais de los que, según el dicho vulgar creen en los Reyes. Ellos están en lo cierto. Y los que no creen, ni tienen sensibilidad ni entienden de poesía, ni saben nada del poder de la intercesión de los santos ante el trono del Niño recién nacido.

HERO

“La Versal”

Teléfono 23-31

GIJON

Antigua Funeraria

— DE —

Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40

Tel. 17-20

GIJON

ALMACENES

Arbués

Planchas ACANALADAS

Covadonga, 27 : Gijón
Teléfono 1817

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)